

Aguas aéreas

La broma y el patíbulo

David Huerta



Mattias Grünewald, *El guardia caído*

La escritura era cada día más difícil, como si quisiera sacar agua de piedras, o como si se hubiese propuesto cruzar de rodillas la gran avenida de los Naranjos con una venda roja sobre los ojos. “Tapada toda la cara con un paliacate colorado, como un peregrino rumbo al santuario de Chalma, un romero un penitente sudoroso y noble, casi místico”: esa era la fórmula *cegador* imaginada por él, repetida como el *mantra* de un pintoresquismo desabrido.

Sentía cómo todo palidecía dentro de él: cuerpos, recuerdos, ¿rostros olvidados? ¿Cómo podían palidecer los rasgos de una fisonomía borrada de la mente? Se hacía conjeturas: el agua de la memoria era caprichosa, huidiza, cambiante; una boca, una frente, una mejilla se transformaban todo el tiempo en su interior. Era un espejeo continuo y sobrecalentado, una caldera de diseño antiguo, rodeada de vapores indescifrables; una tarea repelente hasta el hastío. Olvidaba y recordaba como quien juega esgrima con su sombra: los rostros cambiaban y luego se desvanecían y parecían extinguirse; pero ese afán era una ficción de una extraña soberanía, suya y ajena simultáneamente. ¿No dominaba su mente? ¿La memoria lo dominaba, lo poseía, lo sometía a sus frivolidades y sus

gestos decadentes?

Tenía una memoria “pequeñoburguesa” —eso se decía a solas, nunca lo comentaba con nadie—; una memoria poco creativa, adocenada y lineal, semejante a un archivo de acero como los de una oficina en el Ministerio de Educación; pero una oficina de presupuestos o de intendencia, no un gabinete de pensadores o de sublimes pedagogos. Estaba lejos de poseer una memoria majestuosa, diligente y selectiva de los alientos mínimos, del vapor sedoso de las imágenes atesoradas, similar a la de un erudito en temas grecorromanos, abundante y magnética.

Desde la ventana veía todas las mañanas a quienes llamaba “los verdugos”: niñas con el uniforme azul oscuro de las escuelas, ancianas encorvadas con bolsas grises de plástico, adolescentes con patinetas y con las orejas tapiadas por los audífonos de su cautiverio sonoro. (Eso del “cautiverio sonoro” lo había inventado en un arranque de “editorialismo”). Se imaginaba obediente a los mandatos de los conductores del transporte público: hombres gordos y lentos, dueños de una mirada subyugante. Sospechaba en sí mismo, entonces, una homosexualidad conformista y un poco estúpida. Luego reaccionaba y se decía: “mis gónadas, mis gónadas”. Murmuraba por lo bajo y se metía en los rincones; unas veces eran rincones abstractos, otras veces eran rincones tangibles de su biblioteca.

¡Ay!, cómo le hubiera gustado hacerse de libros insólitos y de volúmenes de autores desconocidos para sus amigos y colegas. Cuando pudiera escribir todo se arreglaría. Mientras tanto, se imaginaba camino a Chalma y admiraba secretamente a “los verdugos”, cada día

más numerosos. Por la ventana veía jóvenes de piel oscura, hombres maduros recién salidos de enfermedades inconfesables, señoras de feos pantalones ajustados. Imaginaba los rostros de poderosos políticos; pasaban en sus limusinas blindadas y desaparecían raudamente. Imaginaba con ternura esas caras de una potencia abismal y luego las olvidaba minuciosamente. ¿Estaban esos políticos en el número abominable de “los verdugos”?

La política era pródigamente confusa: prefería sus imaginaciones “pequeñoburguesas”, alimentadas por una pobre memoria. Vivía y esperaba, como si tuviera todo el tiempo, ante los ojos, la ventanilla lejana, inalcanzable, de un banco europeo.

Apareció en su cabeza como una estrella. Una sola frase, redonda, o así le pareció. Pudo escucharla y recrearla conforme se despertaba, en las horas diminutas de la madrugada. No estaba dormido pero iba despertándose. La escuchaba como una campanada sorda, mitigada por un fieltro verde —su conciencia. La conciencia le daba vueltas a la frase y la miraba por todos lados, desde arriba, a una distancia enorme, exigente para su miopía; de la frase, así lo sentía, se desprendían olas y óvalos, vibraciones parecidas a ideas. Recordó un verso, “De desnuda que está brilla la estrella”, y sin saber la razón lo puso al lado de su ocurrencia, de su frase. ¿Así era el verso en verdad? Debería levantarse e ir a las estanterías de su biblioteca: ¿y si el libro no estaba? Y, peor todavía, ¿de quién era ese verso? Rodeó con el verso la frase aparecida

y fue como si la iluminara con un fuego desnudo. Una vez escuchó cómo una hermosa mujer de grandes ojos hablaba de una “llama desnuda” (*a naked flame*), de un fuego prohibido en las bibliotecas antiguas. Esa llama desnuda del verso circundaba la frase y la perfilaba en un horizonte vasto y hermoso. Temió por su cordura durante una fracción de segundo y luego recobró la confianza.

Debía escribir la frase, verla sobre el papel. Según recordaba, era esa la tarea de un escritor, sólo capaz de conocer los laberintos del pensar si era lo bastante fuerte para ver su propia escritura. Verla de verdad: no nada más leer lo escrito sino verlo, atraparlo con los ojos, como un objeto de múltiples dimensiones. Ahí estaba, cinco palabras, ¿un pentágono sonoro y significativo?, ¿una formulación bimembre de las cuales había oído hablar tanto a su maestro de literatura, al pie del monte rojo, a lo largo de numerosas tardes, tan fatigosas, de miércoles? La frase era de una sencillez sobrecogedora. Decía lo siguiente: “*la broma y el patíbulo*”.

Cinco palabras: dos artículos definidos de dos géneros contrapuestos o complementarios, cada uno en número singular. Dos sustantivos, uno femenino y paroxítono, bisílabo; el otro esdrújulo y tetrasilábico; en medio, la conjunción: vínculo, puente, vía inmaculada de comunicación. De la frase en su integridad aisló en la mente —en esas aguas memoriosas e imperfectas, aguas volubles, dimensiones entrañables de su monocromía psicológica— la conjunción. Y majestuosa, activa, semánticamente inerte o indiferente, dueña de un poder sin contrastes, perfectamente en foco ante sus ojos miopes. La primera letra de ese nombre, Yahvé, de *yo*, de *yugo*, la letra-telescopio, un carbón compacto en el trance prodigioso de convertirse en un cristal diamantino, apretado por el puño del gran héroe; la conjunción de la triste gramática y sus explicaciones. Eso, esa *y*, era lo más interesante en la frase, una masa

gravitacional mínima y fomidablemente condensada, especie de hoyo negro en la galaxia minúscula del sintagma.

Oyó la tenue respiración de otra palabra en el enunciado: la palabra “hiel”. Estaba en la unión, por sinalefa, de la tercera y la cuarta palabra: “y el”, *y-el, ye l*, “hiel”. ¿De una broma peligrosa o deprimente, en todo casi ineficaz o frustrada, se ha desprendido ese humor, esa hiel obsesionante? O bien: ¿caso del instrumento de las ejecuciones, el *patíbulo* de la frase, destilaba esa amargura corporal sin control, derramada sobre toda la frase como sobre un cuerpo inerme, doliente, azorado, lacerado a la manera de un mártir pintado por Grünewald? Eran entonces tres y no dos los sustantivos: ¿habría más palabras? ¿La conjunción desencadenaría otras apariciones colindantes con esas, manifiestas, más o menos evidentes?

Otra cosa más. La descubrió a las dos de la mañana de la noche siguiente. Todo el día había pensado en la frase y varias veces había estado a punto de verla como una hilacha de discurso sin la menor importancia.

Él, tan mal entrenado en asuntos de poesía, la dijo en voz alta antes de apagar la televisión e irse a dormir, y descubrió su andadura rítmica: nueve sílabas gramaticales, ocho con la sinalefa, siete en total para la preceptiva y el oído, por esdrújulismo de la palabra conclusiva *del verso*. Un verso bien medido y bien acentuado, de tipo italiano por más señas: “la broma y el patíbulo”. Era un verso. ¿Cómo se llamaban esos versos, formados por siete sílabas efectivas en la pronunciación, en la articulación? Si son siete sílabas —se dijo con cautela—, es un heptasílabo; no hay duda. El heptasílabo, “hermanito menor del endecasílabo”, como decía su maestro de literatura al pie del monte rojo. Él escuchaba esas clases de los miércoles un poco distraído: sonetos de Lope de Vega examinados con encarnizamiento,

análisis a veces pormenorizados de ciertos artejos del discurso a los cuales “no suele prestarse la suficiente atención”, como insistía el maestro.

“Lean con cuidado, despacio; procuren hacerlo en voz alta, a solas o acompañados; desarmen y rearmen las frases, las oraciones, los párrafos, las estrofas, los versos, entiendan cada una de las palabras”: el maestro era un obsesivo — otra profesora decía “es un tipo cargante” —; pero todos reconocían en él a un lector de raza, quién sabe si inteligente, pero por lo menos lleno de noticias sacadas, a veces en desorden, de libros de todo tipo. Ahora estaba ante una frase “de su propia invención”, y la veía por todas partes, la escuchaba en su propia voz, a solas, la ponía bajo la luz de un análisis improvisado. La sentía suya; la apretaba imaginariamente contra su pecho como un hijo.

¿Y el significado de la frase? Debía, quizá, pensar en el sentido de “la broma y el patíbulo”; pero no era fácil: faltaba un verbo. Era una simple frase. Y sin embargo en ella veía mundos paralelos, planetas poblados, resonantes. ¿Significados, historias en esa frase, fábulas enterradas, así como la palabra “hiel” estaba enterrada en el grumo eufónico, en el ovillo sonoro de la sinalefa? No lo sabía, pero acaso valía la pena averiguarlo.

Veamos: la conjunción llevaba de un sustantivo al otro; quizás en ese paso, en ese trance, en ese transporte, había una historia o un significado. Alguien había dicho una broma y esa broma lo llevó al patíbulo; pero ¿debía ser por fuerza una broma dicha? ¿No podía ser una broma de tipo indudablemente material, no discursivo, una de esos teatros milimétricos llamados en inglés *practical jokes*? Alguien ha dicho una broma o ha jugado una broma, y esa gracejada lo ha llevado al patíbulo. *Broma*: dos sílabas; *patíbulo* tres sílabas. La redondez de la broma —“fue un chiste redondo,

Apareció en su cabeza como una estrella.
Una sola frase, redonda, o así le pareció.

redondo!” — se oponía a la agudeza amenazante de la palabra “patíbulo”, afilada por el acento en la *i* latina, como si se tratara de una mortal puesta en escena romano, un lugar de tortura en lugares labrados bajo tierra, no sobre la superficie acogedora, lejos de las togas y de la algarabía del mercado, en la tiniebla del polvo oscuro.

A la intemperie de la broma, entonces, se oponía el agobio asfixiante del castigo, pero podía ser exactamente al revés: la broma fue cometida —¿cometida?— en un exterior vergonzoso para la víctima, y el bromista deberá ser ajusticiado a la vista de todos, en una ceremonia ejemplar, solar, a pecho descubierto, con el torso desnudo, con la mirada perdida entre las nubes y su “airosa teoría”. Las relaciones entre las dos palabras revelaban una causalidad judicial, estricta, represiva. Los bromistas eran vigilados estrechamente en una comunidad o una tribu adicta al funcionamiento incesante de los patíbulos montados en todas las plazas públicas.

No hacía falta un verbo para echar a andar esa historia. Pero era una historia insatisfactoria y él sentía cómo había forzado las cosas en el interior de la frase, la frase siempre desafiante, en su sencillez de cosa o de juguete. Con esa frase más valía no jugar.

Una noche soñó, enfebrecido: su padre caminaba con paso cansino y él lo ayudaba a cruzar calles y a salvar pilas de escombros. Su padre: un hombre muerto hacía más de veinte años. Cuando lo soñaba, solía decir al día siguiente “se me apareció”. Iba, entonces, con su padre, por calles anestesiadas; se dirigían a la casa de un amigo muerto hacía apenas dos meses, un neurótico a quien su padre había admirado y venerado —en el sueño, no en la realidad. Allí lo recibía, entre montones de trapos, la hermana de la “viuda” de su amigo —no era su viuda: se habían divorciado en plena juventud—; esa hermana ignota le comunicaba la noticia feliz: el día anterior, o esa misma mañana, la “viuda” de su amigo había dado a luz un niño; no

sabía si decir “un niño” o “a un niño”, era un asunto, según creía recordar, con el acusativo. La “viuda” bajaba las escaleras y saludaba solemnemente a su padre; a él ni siquiera lo veía. Les mostraba al recién nacido envuelto en suaves telas de color azul, semejantes a los uniformes de las niñas de escuela. Su padre observaba, admiraba con un gesto de éxtasis al recién nacido, un bebé igual a todos los bebés del mundo, de facciones abullonadas, indefinidas; su padre se veía antipático, y él nunca fue antipático en vida. La “viuda” les informaba del nombre ruso del niño, evocador de un cosaco o de un revolucionario; su padre se entusiasmaba con ese nombre olvidable, laborioso.

Salían de la casa y su padre y él, otra vez solitarios, reanudaban el caminar penoso, como si fueran a Chalma, a Kiev, a un lugar sin nombre o con demasiados nombres. El sueño le pareció una broma siniestra, pero ignoraba la razón de esa opinión, de ese parecer. El resto del día le pareció un gozoso patíbulo.

Olvidó el sueño y volvió a la frase. Sentía un disgusto puritano por haber mezclado la frase con el sueño, como si aquella fuera la interpretación o la revelación de ésta. “Mal negocio”, pensó. Probó a cambiar el orden de la frase: “el patíbulo y la broma”. No: era prosodia coja, mala literatura. Se sintió desazonado hasta la fatiga, y la desazón consistía en haber apostado demasiado, demasiada vida, demasiada imaginación, en la literatura, de la cual tanto y tan mal oía hablar; un viejo maestro le decía con voz de escarnio: “eres todo un robot de la literatura”. Pero la literatura era para él una forma de vida, quizá la vida misma.

Se sacudió como un pájaro mojado y reanudó sus pesquisas. Debía recomenzar, cerrar los ojos y evocar un “mar de historias”, cadencias de mito y sufrimiento, a la vez remotas y acariciantes. ¡Ah!, en la conjunción —una vez más la letrita griega, esa especie de gancho o de tenedor tuerto— podía discernir una identidad disimulada: la broma es el patíbulo, el instrumento del suplicio final es un

mecanismo de risas y fiestas, todo es un poco *Grand Guignol*, títeres descarnados, exánimes, marionetas de sus lenguajes. Una broma de mal gusto: ahí están la horca, la guillotina, los látigos, las tenazas, la parrilla. Una vez más, no: era insatisfactorio. ¿O era la satisfacción una entidad sobrevalorada, magnífica pero estéril? En la insatisfacción residía una forma de plenitud.

Insatisfecho, miró por la ventana: ni ningún verdugo. Al volver de nuevo la mirada a su escritorio, sintió el mareo: no había cambiado nada pero una fuerza metamórfica se había adueñado de su interior. Sus tripas sonaban: pura soledad estridente. Pensó en las intensidades de la “vida interior”; se dijo: “por dentro no soy sino cuerdas, mecates, tornillos rotos, y la vida interior es una de las formas mizquinas de la mala literatura”. Entonces, ¿de dónde venía esa sensación de ser dominado y torturado?

Él mismo era la broma y el patíbulo. Cerró los ojos y avanzó con los pasos de su padre por un paisaje desbaratado. Eran milpas rotas, plantas acartonadas y delgadísimas: las orillas del camino a Chalma. Vio una *lavra* ucraniana y una hilera de monjes esqueléticos detenidos bajo el esplendor del sol en estos días de perros: ¡la canícula! Chalma se había convertido en un lugar de peregrinaciones ortodoxas. ¿Y las milpas? No quiso detenerse y abrió los ojos: su habitación de nuevo, el escritorio con sus “borrones nocturnos”, frase descriptiva dentro de la cual había, disimulada, clandestina, una soberbia de poeta inmortal. Cerró los ojos y estaba otra vez ahí. Pero algo había cambiado. Él era un objeto agonizante, una parte de la milpa en las extensiones de Ucrania. No, no, *demasiada locura*. Se recompuso; abrió y cerró los ojos; su respiración se adensó, se acompasó; ya no estaba agitado. Y sin embargo seguía transformándose en una figura misteriosa, en varias siluetas irreconocibles, en imágenes infinitas, inagotables.

La Estrella del Perro brillaba en la noche caída bruscamente sobre su peregrinación solitaria. Un destino de perros bajo el sol canicular: eso era su juego con frases, con